

Batalla de Jemmapes (6 noviembre). — Esa campaña acabó con la batalla de Jemmapes, dada por Dumouriez el 6 noviembre á los austriacos, que se hallaban atrincherados en número de 20.000, delante de Mons, sobre unas colinas cubiertas de bosque, apoyándose además en las villas de *Jemmapes*, de *Cuesmes* y de *Quaregnón*. El duque de Chartres, que andando el tiempo debía ser el rey Luis Felipe, se distinguió en esa batalla por su valor y sangre fría. Por entonces no tenía más que diez y ocho años, y ya había llamado la atención en Valmy.

La consecuencia de esa victoria fué que los franceses entrarón el 7 en Mons, y el 14 se hallaban en Bruselas. Las ciudades de Malinas y Amberes se rindieron, y Bélgica entera cayó en poder de las tropas de Dumouriez. Ese país fué organizado en república análoga á la francesa, y aquel general recibió enhorabuenas de todos los partidos.

CAPÍTULO V.

LA CONVENCION NACIONAL (1792-1793).

Las ideas revolucionarias llegan durante la Convención á su mayor grado de desarrollo. La Constituyente había privado á Luis XVI de su libertad; la Convención lo hizo subir al cadalso. Los Girondinos no tardaron en parecer republicanos demasiado tímidos, y pagaron con la vida su supuesta moderación. Entre los Montañeses, se hizo sospechoso el mismo Dantón, y Robespierre lo hizo ejecutar. La dominación de este fogoso tribuno llenó á Francia de sangre, y su reinado fué el del terror. Pero una vez que la Revolución se vió arrastrada á excesos semejantes, fué imposible sostenerse. Robespierre vió declararse en contra suya á sus antiguos amigos, y según ocurre en todas las crisis sociales, el bien salió del exceso mismo del mal. La Convención cerró el club de los Jacobinos y se opuso á los furros de aquellos hombres sanguinarios; y tal remordimiento causó á aquella asamblea la sangre vertida que, por el último de sus decretos, pronunció la abolición de la pena de muerte,

§ I. — *Proceso y muerte de Luis XVI. — Á contecimientos que precedieron al Terror (1792-1793).*

Apertura de la Convención (21 septiembre 1792).

— La Convención se reunió en las Tullerías el 21 de septiembre de 1792. Sus miembros se elevaban á 749. Las elecciones se habían efectuado en medio del terror producido por las matanzas de septiembre. En París, el Ayuntamiento se apoderó del movimiento electoral, é hizo nombrar á los republicanos más exaltados, partidarios todos de aquellos crímenes. Robespierre, Dantón, Manuel, Camilo Desmoulins, Robespierre el menor, Fabre d'Eglantine, Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois, Legendre, Robert, Frerón, Panis, Sergent, David, Luis Felipe Igualdad (duque de Orleans), y el cínico Marat, fueron los diputados de la capital.

Los demagogos ejercieron también gran influjo en los departamentos, y los nombramientos obedecieron en general á las mismas inspiraciones.

La *Gironda* ocupaba el lado derecho de la Asamblea, y por un momento pudo creerse que esos republicanos austeros dominarían durante la legislatura. Tenían la superioridad del talento y se habían granjeado el favor de la opinión haciendo afectado alarde de virtudes antiguas, únicas que entonces toleraban. Pero la *Montaña* tenía la audacia y el furor, y en los tiempos de anarquía, el triunfo está reservado siempre para los hombres más apasionados y vehementes. Habiendo pedido los Girondinos que se condenase al Ayuntamiento por los excesos que durante cuarenta días autorizara, se rechazó la proposición. También pretendieron que se dictaran medidas severas contra los bandidos que se habían extendido por toda Francia para renovar las matanzas que consternaron á París; pero los hombres sanguinarios que habían provocado aquellos atentados, alzaron la voz en nombre de la humanidad, bajo el pretexto de que precisaba abstenerse de dictar leyes demasiado severas. Finalmente,

los Girondinos habían acusado á Dantón, á Robespierre y á Marat de aspirar á la dictadura, y tuvieron que aceptar la apología de esos jefes de club, que pretendieron haber procedido siempre con el mayor desinterés, y en favor del triunfo de la libertad. Y entonces los montañeses se convirtieron de acusados en acusadores, para reprochar á los Girondinos la tendencia á dividir la Francia, convirtiendo los ochenta y tres departamentos en otros tantos Estados unidos entre sí solamente por medio de los lazos de una sencilla federación (21 septiembre 1792).

Abolición de la monarquía. — Habiendo propuesto Manuel en la primera sesión que se pusiera el palacio nacional de las Tullerías á la disposición del *presidente de la Francia*, á fin de que todo tuviera en la asamblea aires de dignidad y de grandeza capaces de imponer la admiración al universo, el capuchino Chabot y Tallián, secretario del Ayuntamiento, protestaron enérgicamente contra aquella proposición, asegurando que así se retrocedía hacia el poder real. Los enemigos de la Gironda lo acusaron á su vez de haber querido otorgar los honores de la soberanía á Petión, uno de sus jefes, que había sido nombrado presidente casi por unanimidad. Los dos partidos no pudieron ponerse de acuerdo más que para declarar abolida la monarquía y proclamar la república. Habiéndolo propuesto así Collot-d'Herbois, se produjo un momento de vacilación. Gregorio lo apoyó exclamando: « ¿Qué necesidad hay de discutir cuando todo el mundo está de acuerdo? Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el físico. Las cortes son la fábrica de los crimines y la guarida de los tiranos. Pido que se vote sobre la proposición. » La asamblea la aprobó, y el presidente pronunció entonces la declaración siguiente: « La Convención nacional declara abolida la monarquía en Francia. » Ese decreto, dirigido contra los partidarios de la Federación, y en el cual se declaraba que la República era una é indivisible, se publicó el 25. Bi-

laud-Varennes propuso que se adoptase como punto de partida en las fechas en los documentos públicos no el año IV de la libertad, sino el I de la República. Esa proposición fué adoptada y el 22 de septiembre de 1792 empezó una nueva era, la era republicana.

Aquella misma noche se tuvo noticia de la victoria de Valmy, que Dumouriez acababa de obtener sobre los prusianos, y que obligaba á éstos á pronunciarse en retirada y á evacuar la Champaña. Unos cuantos días después penetraban las tropas francesas en el Palatinado, en Saboya y el condado de Niza. Los Montañeses aprovecharon esos triunfos para apoderarse del ánimo público. Acusaron al rey de mantener inteligencias con las potencias extranjeras desde el principio de la guerra, y resolvieron formarle causa. No bastándoles con haber abolido la monarquía, querían también asesinar jurídicamente al que calificaban de tirano.

Proceso de Luis XVI. — Primero se examinó si Luis XVI podía ser juzgado, y qué tribunal habría de pronunciar la sentencia. Esas dos cuestiones fueron motivo para prolongadas discusiones sobre la inviolabilidad de la persona del rey. Diversos elocuentes oradores probaron hasta la evidencia que la misma constitución había reconocido esa prerrogativa, y que no era posible olvidarlo sin poner á la nación en el caso de faltar á lo que su honra exigía. Pero la voz de la razón no podía dejarse oír en medio de gentes tan exaltadas, y Saint-Just se atrevió á aconsejarles que procediesen como los romanos, los cuales inmolaron á su César en pleno senado, sin más formalidad que veinte y tres puñaladas. También Robespierre reclamó la muerte del rey sin ningún examen ni procedimiento, y tuvo la audacia de proponer ese atentado como el único medio de aliviar al pueblo, que carecía de pan y de calmar las turbulencias que estallaban en el oeste.

La Convención decretó en 3 de diciembre que Luis sería juzgado, y que ella misma constituiría el tribunal. Contra el parecer de Robespierre, que pedía el examen

inmediato del asunto, Petión hizo decretar que la sesión no sería permanente sino que se vería la causa todos los días, de once de la mañana á seis de la tarde. El rey fué citado ante la asamblea, el 11, y en efecto se presentó á eso de las dos y media de la tarde, en compañía del alcalde de París y de los generales Santerre y Wittengoff. « Sentaos, le dijo Barrere, que hacia de presidente, y contestad á las preguntas que van á seros hechas. » Luis respondió á todas las acusaciones formuladas contra él con mucha sangre fría y dignidad llena de oportunidad y tacto. Pero al oír esta interpe- lación : « V. ha hecho correr la sangre del pueblo en 10 de agosto », respondió con voz fuerte : « No, no fui yo. »

Después de eso se retiró, siendo llevado al Temple, pero á partir de ese instante dejó de tener comunica- ción con su familia. La crueldad del Ayuntamiento intimó á sus guardias y los convirtió en verdaderos bárbaros. Luis había elegido como defensores á Target y Tronchet. El primero tuvo la cobardía de negarse á aceptar tan peligroso honor; pero en seguida el venerable Malesherbes, el magistrado más respetado de Francia, ofreció sus servicios al rey. Luis XVI los aceptó con reconocimiento, y juntos examinaron todos los do- cumentos del proceso. Siendo éstos muy numerosos, Tronchet y Malesherbes pidieron permiso para agre- garse un tercer defensor, y designaron como tal al joven Desèze, abogado distinguido, que tuvo encargo de sos- tener la defensa ante la asamblea en la sesión del 26 de diciembre. Después de un exordio grave lleno de brío, respondió victoriosamente á todos los reproches que se hacían á Luis XVI, terminando su magnífico discurso con la enumeración de cuanto había realizado el rey en favor de su pueblo. « El pueblo, exclamó, deseaba la desaparición de un impuesto desastroso que pesaba so- bre él, y el rey lo abolió; el pueblo reclamaba el fin de la servidumbre, y el rey empezó por efectuarlo así en sus propios dominios; el pueblo solicitaba reformas en

la legislación criminal para que se suavizara la condi- ción de los acusados, y el rey ejecutó esas reformas; el pueblo quería que millares de franceses que el rigor de nuestras costumbres había privado hasta entonces de los derechos que pertenecen á los ciudadanos, adqui- riesen ó recobrasen esos derechos, y el rey dió con sus leyes satisfacción á ese deseo; el pueblo quería la li- bertad y el rey se la otorgó. Y con sus sacrificios se anticipó á vuestras aspiraciones; y sin embargo, en nombre de ese mismo pueblo vienen hoy.... ciudada- nos, no acabaré... pararéme ante la historia : pensad que ésta juzgará vuestra propia sentencia, y que su fallo será el de los siglos. »

Luis XVI añadió algunas palabras á la oración de su defensor y se retiró. En el seno de la asamblea sur- gieron violentos debates. Unos, como Lanjuinais, se indignaban ante el solo pensamiento de la iniquidad que tal causa envolvía; otros, como Saint-Just y Robes- pierre, se quejaban de que no se acabase de una vez con el tirano. Vergniaud y los Girondinos se hallaban profundamente conmovidos ante la desgracia de Luis XVI; pero no atreviéndose á defenderlo abierta- mente, tuvieron la idea de hacer depender su sentencia de la sanción del pueblo, esperando de esa manera ganar tiempo y salvarlo en consecuencia. Sus discursos produjeron gran sensación en la asamblea; pero su opinión no pudo prevalecer. El 15 de enero de 1793 se decretó que *la sentencia de la causa formada á Luis Capeto no sería sometida á la ratifica- ción del pueblo*. La culpabilidad del rey había sido pronunciada la víspera, y ya sólo quedaba que deter- minar la pena que debía serle impuesta. Durante toda la noche del 16 y el día 17 se recogieron los votos. Vergniaud presidía. Cuando terminó el llamamiento nominal de los diputados, aquél dijo : « Ciudadanos, voy á proclamar el resultado del escritunio. Espero que observaréis profundo silencio. Cuando la justicia ha hablado, sólo debe oírse la voz de la humanidad. »

La mayoría absoluta era de 361 votos; ese era el número de los que habían votado la muerte sin condiciones. Tronchet hizo notar que el código penal exigía las dos terceras partes de los votos para una condenación á muerte. Merlin de Douai respondió á esa observación con una distinción sutil y se dió por válida la votación.

Muerte de Luis XVI. — Entonces se deliberó sobre si se aplazaría ó no la ejecución de la sentencia, y el 20 de enero, á las tres de la mañana se resolvió, por 380 votos contra 310 que no se concedería ningún aplazamiento. El ministro Garat se presentó á notificar á Luis XVI los decretos de la Convención. El rey oyó la lectura de esos decretos con gran calma, y pidió tres días para prepararse á bien morir. Se los negaron; pero se le envió el sacerdote que deseaba, Edgeworth de Firmont, y se le dió permiso para ver á su familia. Edgeworth se presentó por la tarde y confesó al infortunado monarca. Luis, fortalecido por la gracia del cielo, hizo disponerlo todo para recibir á su familia. La reina fué la primera en presentarse á las ocho y media, llevando por la mano á su hijo; detrás iban la infanta y la princesa Isabel. No es posible describir esa desgarradora escena; durante cinco cuartos de hora no se oyeron más que gemidos y sollozos. Al fin, la augusta familia se despidió para siempre. Á las 10 se quedó solo Luis XVI, y pidió á su confesor que pasara la noche en su compañía. Al día siguiente le dejaron oír misa y comulgar (21 enero 1793).

Así que terminó el santo sacrificio, Santerre se presentó con sus soldados, y anunció al rey que todo estaba presto. *Vamos*, dijo Luis con resignación, y empezó en seguida á recitar las preces de los agonizantes. Al llegar al pie del cadalso, dirigió algunas palabras al digno sacerdote que lo acompañaba y oyó de labios de éste la siguiente sublime despedida: « ¡Hijo de San Luis, subid al cielo! » De pie sobre el cadalso, el rey quiso hablar al pueblo: « Franceses, exclamó con

voz firme, muero inocente de los crímenes de que me acusan; perdono á los autores de mi muerte, y pido á Dios que mi sangre no caiga sobre la Francia... » Iba á continuar, pero Santerre cubrió su voz ordenando el redoble de los tambores. El regicidio quedó consumado. Unos cuantos energúmenos, viendo correr la sangre, gritaron irónicamente: « ¡ Viva el rey! ¡ Viva la Reina! », pero el pueblo pareció consternado. El público suspendió ese día sus fiestas y sus negocios, y todos los hombres de corazón deploraron amargamente aquel monstruoso atentado.

Testamento de Luis XVI. — Luis XVI no contaba más que treinta y ocho años cuando subió al cadalso, después de haber reinado diez y nueve. Víctima expiatoria, supo prepararse á su sacrificio con las más heroicas virtudes. Cuando se vió encerrado en la prisión del Temple, se esforzó sobre todo en olvidar los ultrajes con que lo abrumaban cada día y en perdonar á sus enemigos. Su testamento, que tiene fecha de 25 de diciembre de 1792 expresa los más generosos sentimientos y exhala perfume de fe y de resignación cristiana, digna del descendiente de San Luis.

« Dejo mi alma á Dios, mi Creador, decía Luis... Muero en la unión de nuestra Santa Madre la Iglesia católica... Perdono de todo corazón á los que se han convertido en enemigos míos sin que les haya dado motivo alguno para ello, y ruego á Dios que los perdone, lo mismo que á cuantos por falso celo ó celo mal comprendido, me han hecho mucho daño... Recomiendo á mi hijo, si tiene la desgracia de llegar á ser rey, que piense en que se debe por entero á la dicha de sus conciudadanos, que debe olvidar todo motivo de odio ó de resentimiento, sobre todo en lo relativo á los infortunios y pesares que experimento; y que no puede hacer dichosos á sus pueblos más que reinando con arreglo á las leyes, y al mismo tiempo que un rey no puede hacerlas respetar y realizar el bien que existe en su corazón, más que teniendo la autori-

dad necesaria, y que de otro modo, embarazado en sus actos y no inspirando respeto, es más bien perjudicial que útil. Acabo declarando ante Dios, y presto á comparecer ante su presencia, que no me reprocho ninguno de los crímenes de que me acusan ».

Coalición contra Francia. — La muerte de Luis XVI suscitó contra Francia una temible coalición. Hasta entonces los ejércitos franceses no habían tenido que combatir más que al Austria, la Prusia y el Piamonte; pero cuando se supo en Europa el gran atentado de los revolucionarios contra el poder real, todas las naciones se indignaron. Inglaterra había acogido con aplauso la Constituyente, que proclamó en Francia un gobierno constitucional análogo al suyo. Pitt, enemigo encarnizado de aquella nación, veía sin disgusto sus luchas interiores, que la debilitaban, rebajando al mismo tiempo á la casa de Borbón. Pero después del regicidio, dió órdenes al marqués de Chauvelin, embajador de Francia en Londres, para que saliese de la Gran Bretaña, y la guerra fué declarada (23 enero). El rey de España recurrió antes que nadie á la espada para vengar á su pariente, el estatuder de Holanda entró en la coalición, y la emperatriz de Rusia Catalina II prometió tropas. En 1.º de marzo, Francia sola tenía que hacer frente al Austria, Prusia, Alemania, Inglaterra, Holanda, España, Portugal, las Dos Sicilias, el Papa y el rey de Cerdeña. Sólo Suecia y Dinamarca permanecieron neutrales. La Convención envió ejércitos al norte, al Rhin, á los Alpes y á los Pirineos, y decretó una leva de 300.000 hombres para conjurar el peligro. Dumouriez salió en seguida de Amberes é invadió la Holanda. Pero no tardaron las malas noticias en alarmar á los revolucionarios. El ejército de los aliados avanzó, en número de 260.000 combatientes, amenazando las fronteras francesas, con lo cual penetró el desorden en las guarniciones republicanas, dispersas entre Maestricht, Aquisgrán, Lieja y Fougres. Hubo que llamar á Dumouriez

para la defensa de Bélgica. Ese experto general, que sentía profundo desprecio por la Convención, cuyos excesos reprobaba, no disimuló sus intentos. Su estado mayor censuraba públicamente al estúpido populacho que gobernaba á París, y Dumouriez alejaba de los empleos y de los honores á cuantos le parecían ser en el ejército favorables á los jacobinos. El presidente de la sección *Poissonnière* pidió que se decretase la acusación del caudillo; pero nadie aprobó la idea, por comprender todos que había necesidad de sus talentos militares. El mismo Marat protestó contra el autor de esa proposición, presentándolo como aristócrata afecto á los ingleses. La Convención aplaudió el discurso de Marat, y se acordó que se mandase á Dumouriez una copia del acta de la sesión, para probarle que los diputados no participaban de los sentimientos de sus calumniadores.

No por eso dejó el general de mostrarse enemigo de los jacobinos, y el 12 de marzo escribió á la Convención una carta en que atribuía los últimos reveses al espíritu de anarquía que reinaba en Francia. Eso era atacar á los más entusiastas partidarios de las doctrinas revolucionarias, y crearse terribles enemigos. El audaz guerrero no se detuvo sin embargo ante tales consideraciones. Su propósito era que el gobierno desorganizador de su país conociera su pensamiento, y después no pensó más que en batir á los imperiales. Presentóles una gran batalla en Nerwinde; pero fué vencido (18 de marzo).

Defección de Dumouriez. — Después de su derrota, Dumouriez abandonó Bruselas y Mons, perdiendo la Bélgica con la misma rapidez que antes tuviera en conquistarla. Partidario del duque de Orleans, su deseo hubiese sido marchar sobre París para restablecer la monarquía en favor de ese príncipe. Al efecto, recibió en su cuartel general al coronel austriaco Mack (22 marzo) y se puso de acuerdo con él para efectuar una contrarrevolución y marchar sobre París con el

príncipe de Sajonia Coburgo, á fin de intentar una restauración monárquica. Pero como se transluciere su intento, Dantón, que tenía con él gran amistad, le escribió para cambiar sus ideas; pero no logró que se mantuviera fiel á un gobierno que cada vez se iba haciendo más odioso con sus excesos. La Convención mandó en calidad de comisarios para arrestar á Dumouriez el ministro de la guerra y cuatro diputados; pero el general, en vez de obedecerles, los prendió, entregándolos á los austriacos (3 abril). Su ejército se negó á seguirlo, y ya no le quedó más recurso que ir á buscar asilo en el campamento enemigo, al cual pasó con su estado mayor, encontrándose en el número de sus oficiales el duque de Chartres (4 abril). La Convención lo declaró traidor á la patria, y en adelante Dumouriez llevó vida errante, hasta que murió en Inglaterra, en Turville Park el año de 1823.

La retirada de Dumouriez era una gran pérdida para Francia, que se veía rodeada de enemigos, y que sólo tenía como defensores voluntarios completamente ignorantes del arte de la guerra. Los revolucionarios, que habían causado con sus furores los peligros que rodeaban á esa nación, parecían preparar otros mayores con sus locas crueldades. Con pretexto de destruir á todos los conspiradores, habían establecido un tribunal revolucionario (10 marzo), encargado de pronunciar sin apelación sobre la suerte de los que fuesen acusados ante él. Además, se ordenó el desarme de los *sospechosos*, y todos los ciudadanos que, de cerca ó de lejos, habían tenido relaciones de cualquier clase con la nobleza, el clero ó el poder real, se vieron envueltos, en la misma proscripción. En el seno de la asamblea había estallado la división. Los Montañeses juraron odio mortal á los Girondinos. *Entre nosotros y vosotros*, había dicho Dantón amenazando con el puño cerrado á sus adversarios y agitando su horrible rostro, *no puede haber ya ni paz ni tregua*. Robespierre subió á la tribuna y propuso que se enviasen ante el tribunal

revolucionario los cómplices de Dumouriez, todos los Orleanses y sus amigos; esto era evidentemente designar á los Girondinos. Vergniaud se defendió y defendió á los suyos en una brillante improvisación, y la asamblea no se atrevió á condenar á unos hombres cuya buena fe y rectitud eran tan claras. Pero la Gironda no tardó en sufrir un descalabro, al pedir que Marat fuera sometido á juicio. Ese libelista incendiario había excitado el pueblo á la rebelión, excitándolo en una proclama á marchar contra la Asamblea, bajo el pretexto de que en ella dominaba la contrarrevolución. El tribunal revolucionario absolvió á aquel bandido, y en seguida lo rodearon multitud de mujeres y de descamisados y lo llevaron en triunfo á la asamblea, sosteniéndolo en sus brazos y coronándolo con hojas de encina.

Los montañeses lo recibieron con entusiasmo; y Marat tuvo que desprenderse de sus brazos para subir á la tribuna, y declarar á los legisladores que se presentaba á ofrecerles un corazón puro y un nombre solemnemente reconocido bueno.

Insurrección de la Vendee. — Los horrores que llenaban de espanto á París se reproducían en los departamentos. En cada ciudad, en cada pueblo, había clubs y comités afiliados á los centros análogos establecidos en la capital. En esos sitios reinaban, aunque en grado menor, las mismas abominaciones y extravagancias. Casi en todas partes habían sido los más perversos los que se mostraron más audaces, con lo cual cayó en sus manos el poder supremo, y ellos se deleitaban en la anarquía y dominaban por el terror. Las clases medias detestaban á aquel vil populacho que ejercía su imperio en nombre del crimen y de la tiranía; pero no se atrevían oponerse al mal con manifestaciones serias. Sólo cabe exceptuar de lo dicho á los departamentos del Oeste y á algunas ciudades del mediodía de Francia.

En el Oeste, los departamentos de la Vendee y de Deux-Sevres dieron la señal de la insurrección. En esas

regiones, el pueblo había conservado gran fidelidad á la religión de sus padres, viendo por tal motivo con dolor profundo el destierro de sus sacerdotes y el saqueo de las iglesias : la muerte de Luis XVI puso el colmo á su exasperación. ¡*Mi Dios, mi rey!* tal era la antigua divisa de aquellas sencillas y virtuosas gentes. Un carretero, Santiago Cathelineau, de Pin-en-Mauges, se puso al frente de los insurrectos. En el primer ataque, tomó un puesto republicano de ochenta hombres. Al día siguiente se apoderó de Chenillé, que estaba defendido por doscientos republicanos y tres cañones. Esos triunfos parciales inflamaron el espíritu de los habitantes. Un guarda caza de Maulevrier, Stofflet, se unió con Cathelineau al frente de un grupo de campesinos, y juntos marcharon á tomar Cholet, la población más importante del distrito.

El Poitou y el Anjou se insurreccionaron entonces. Los distritos de Bressuire y de Parthenay, que formaban lo denominado el Bocage, se convirtieron en centro del departamento. Los sublevados recibieron el nombre de *Vendeanos*, por ser la Vendee el país donde obtuvieron sus primeras victorias; pero sus movimientos no se limitaron á esa región. Desde los alrededores de Nantes hasta los Sables; en el Anjou y el Poitou, hasta las cercanías de Vihiers y Parthenay, todo estaba en armas. Á los primitivos jefes se unieron Charette, d'Elbée, Bonchamp, Larochejaquelain, Lescuré, d'Autichamp, de Fleuriot, de Scépaux, todos notables por su abnegación, su valor y sus talentos.

Los campesinos se habían alzado en masa el 10 de marzo, que era el día determinado por la Convención para el sorteo exigido para la leva de 300.000 hombres, y se apoderaron de Saint-Florent, de Jallais, de Chemillé, Cholet y Machecoul. Sus victorias animaron á las provincias á sacudir el yugo de que eran víctimas. La insurrección se había extendido á Burdeos, Lyon, Marsella, y por un instante se pudo creer que iba á dar la vuelta á toda Francia. En los Jacobinos y los

Franciscanos no se veía más recurso que exterminar á todos los aristócratas ó sospechosos, y se quería poner en pie de guerra dos ejércitos, uno para velar por la seguridad interior, intimidando á los enemigos secretos de la República, y otro para rechazar al enemigo exterior. Dantón en persona glorificó la guerra civil, sosteniendo que una nación no es nunca tan fuerte contra el extranjero como cuando sus miembros se hallan en armas unos contra otros. Para tomar precauciones contra lo que presentaba de incierto y peligroso aquella fiebre revolucionaria, los Girondinos, que entonces disponían del poder, decretaron que se formase una comisión de doce miembros para examinar los actos del Ayuntamiento de París, y oponerse á los excesos con que este amenazaba á la nación.

Treinta y uno de mayo. Caída de los Girondinos. — Ese comité no hizo más que excitar las pasiones de aquellos á quienes tenía la misión de moderar. En los franciscanos y en los demás clubs se tramaron complots contra la Convención misma. Los doce denunciaron esas maquinaciones é hicieron votar un decreto que ponía la representación nacional bajo el amparo de los buenos ciudadanos; pero no tardaron en ser objeto de afrentoso bochorno, que fué preludio de su próxima caída. Los doce habían ordenado el arresto de Hebert, que publicaba, con él título del *Père Duchesne* un periódico más obscuro y repugnante aún que el de Marat. El Ayuntamiento reclamó en el acto la libertad del que denominaba « el magistrado más puro é íntegro de la república. » Todas las secciones apoyaron la petición, y los convencionales, intimidados ante el clamoreo del populacho, cometieron la cobardía de pronunciar, no sólo la excarcelación de los ciudadanos presos por la comisión de los doce, sino también la disolución de ese comité.

En eso estaban las cosas cuando llegaron malas noticias de los ejércitos del Norte y de Vendee. Súpose que la primera había sido rechazada entre Bouchaim

y Cambrai, que las tropas republicanas habían sido vencidas en Fontenay (25 mayo) por Lescure, y que esa ciudad se hallaba en poder de los realistas. Esos reveses exasperaron á la multitud y las secciones, excitadas á ello por Robespierre y los jefes de la Montaña, organizaron una insurrección contra los Girondinos. En la noche del 31 de mayo tocaron á somatén, resonó el cañón de alarma, y todos los ciudadanos corrieron á las armas, quedando sitiada la Convención. Vergniaud, Guadet y Couthon alzan la voz para defenderse, pero el tumulto es enorme; las tribunas son invadidas por los sediciosos, que ahogan con sus clamores la voz de los Girondinos, y que sólo tienen aplausos para los furiosos de la Montaña. Robespierre, dueño de la asamblea, reprochó á sus adversarios todos sus actos calificándolos de crímenes, y acabó en medio del más espantoso desorden pidiendo su caída.

Al día siguiente, 1.º de junio, la insurrección fué más temible y amenazadora todavía. Durante la noche que siguió á esa triste jornada, no cesaron de oírse un instante las campanas tocando á rebato. Al amanecer del 2, la Convención se hallaba sitiada por inmensa multitud. Lanjuinais subió á la tribuna, y protestó contra la violencia de que eran objeto los representantes de la nación; pero su discurso no hizo más que excitar el clamoreo y las vociferaciones de los insurrectos. La Convención quiso abandonar la sala donde celebraba sus sesiones; pero Henriot, comandante de las tropas del Ayuntamiento, le cerró el paso, y el cínico Marat ordenó á los representantes del pueblo que permaneciesen en su puesto. Así lo hicieron, volviendo á la sala de sesiones, y decretando la prisión de todos los diputados de la Gironda. Tal fué el desenlace de esa jornada, que es célebre en la historia con el nombre de *treinta y uno de mayo*. El 10 de agosto, el pueblo se había levantado contra el poder real, derribándolo; el 31 de mayo sufrió análoga suerte la representación nacional. Según la pro-

fética expresión de Vergniaud: *la Revolución, como Saturno, devoraba sus propios hijos*.

Conducta de los revolucionarios después del decreto de prisión de los Girondinos. —

Entre los diputados Girondinos, hubo unos, como Vergniaud y Gensonné, que se sometieron, por respeto á la ley, á la sentencia dictada contra ellos; otros, como Petión y Barbaroux, se evadieron y marcharon á provincias para alzarse en armas contra los autores de los atentados del 31 de mayo. No les fué difícil lograrlo. Francia entera había sabido con horror lo ocurrido, y en unas cuantas semanas se insurreccionaron más de sesenta departamentos. En presencia de tan gran peligro, los montañeses se mostraron fieles á la política de Dantón, que decía ser en todo necesario *audacia, audacia, y siempre audacia*. Al efecto, publicaron decretos amenazadores contra los que se hallaban al frente de los federales, y efectuaron algunas atrevidas correrías por el departamento del Eure, que era el foco de la rebelión. Esas medidas intimidaron á algunos departamentos; pero no conjuraron el peligro. Cada día se recibía noticia de nuevos y grandes desastres.

Así, á la vez que los federales, dueños de Caén, de Bordeaux y de Marseille, parecían deber sublevar á Francia entera, los vendeanos se apoderaron de Saumur (10 de junio), ocuparon el curso del Loira, y se disponían á unirse con los insurrectos del Lozere. En las fronteras, los ejércitos de la República no contaban más que reveses. Valenciennes, Condé, Maguncia se hallaban á punto de caer en manos de la coalición, y después de la ruina de esas plazas fuertes, la invasión hubiera sido fácil por la parte del Rhin. Al sur, el ejército de Italia había sido rechazado por los piemonteses, y era de temer que los españoles se apoderaran del campamento francés colocado al abrigo de Perpiñán, y que conquistasen el Rosellón. Si los revolucionarios hubieran reflexionado en todos los peligros que los